

lestial para el alma pidiéndome le diese la Comunión el día siguiente, que deseaba salir de esta vida reforzado con el alimento celestial.» A la tarde le fué á ver, y preguntándole si tenía algo que confesarse, respondió: «que había confesado y repetido muchas veces á sus confesores todos sus pecados de su vida pasada.» Sábado, antes de amanecer, fué á la Iglesia vestido á lo español; con la mejor gala que tenía, con espada y daga, y plumero que el capitán Diego Martínez de Hordaide le había dado; é hincándose de rodillas al tiempo de comulgar, recibió con mucha devoción y ternura el Santísimo Sacramento, haciendo el Acto de contrición con muchos afectos y lágrimas, y se quedó en la Iglesia desde las siete hasta las nueve, dando gracias, con grande edificación de todos los que le vieron, y especial consuelo mío, que observaba con admiración y esperaba el fin del suceso, no cesando de dar gracias á Nuestro Señor, que así era maravilloso en aquellas naciones. A las once del día sábado, que la Virgen Santísima había señalado á su devoto, murió el buen Gobernador D. Alonso Theicul, cumpliéndose lo que había dicho ocho días antes de su muerte; domingo por la mañana se le hizo un solemne entierro, y el lunes se le dijo la Misa de difuntos y prediqué en sus honras, refiriendo el caso como me lo contó; si bien ya era notorio en todo el pueblo, antes que se hiciera llevar al pueblo de Charay en busca mía, con que se avivó y creció en gran manera la devoción y afecto tiernísimo para con la Virgen Santísima, celebrándose sus festividades con toda devoción espiritual, confesando y comulgando en ellas casi todo el pueblo.

CAPITULO IV.

REFIÉRESE OTRO CASO DE MUCHA EDIFICACIÓN,
Y ESCRÍBESE EL GRANDE APROVECHAMIENTO DE CRISTIANDAD
QUE SE EXPERIMENTA
EN ESTAS GENTES DE NUEVO CONVERTIDAS Á NUESTRA SANTA FE.

Aunque lo que queda referido en el capítulo pasado es buen testimonio de los frutos preciosos que se cogen de la predicación del santo Evangelio entre estas gentes bárbaras, pero esto mismo se confirmará con los casos y sucesos que en éste y otros capítulos siguientes se escribirán. A la dichosa muerte de D. Alonso, de que hablamos en el capítulo pasado, se siguió la de Benito Buiaseva, que viendo el ejemplo de su Gobernador le imitó en la devoción, confesando y comulgando muy á menudo, preparándose para la muerte, con que de allí á pocos meses remató su vida. Todos los días, sin faltar ninguno, oía Misa este devoto indio hincado de rodillas en medio de la iglesia; hacía disciplina los viernes y sábados, y muchas hasta derramar sangre, de que quedaba el rastro debajo del coro de la iglesia; los últimos días cercanos á su muerte se confesaba una y dos veces á mañana y tarde, y aunque le parecía al Padre que no estaba tan cercano á la muerte, y á veces le difería la confesión por ocupaciones precisas de acudir

á otros más enfermos, con todo, por su cotidiana importunación le confesaba y daba la comunión cada ocho días: un viernes, pues, como á las once de la noche, estando con un soldado español, de presidio de Sinaloa, vino á llamar al Padre una india de mucho juicio, llamada Luisa Rubí, que cuidaba de los enfermos, diciéndole que uno se moría y quería confesarse; preguntándole el Padre quién era, respondió que Benito Buiaseva, que venía de sus milpas (distan á las veces una y dos leguas del pueblo) á confesarse, porque se moría; salió á toda prisa el Padre en compañía del soldado español y fué á la casa del enfermo, al cual halló lavándose el rostro, pies y manos, y preguntándole para qué se lavaba, respondió con mucha alegría y con una boca de risa: «quiero, Padre, que me des los Óleos y mañana la Comunión, porque ya me muero, como otras veces te he dicho. Confesóse generalmente, y el día siguiente recibió el Viático y murió, rodeado de niños y niñas de la doctrina á quien él convidó, para que le cantasen y rezasen las oraciones en aquel trance. A que también el Padre le asistió, diciéndole la recomendación del alma, que entregó en manos del Señor, como se puede entender de quien tan bien se había preparado para el trance de la muerte; el soldado que le asistió en compañía del Padre y vió lo que había pasado, y la quieta y dichosa muerte que Dios había dado á aquel indio, quedó tan compungido, que trató de hacer confesión general y mudar de vida, casándose, por quitarse de una mala ocasión en que había vivido.

Escribiendo el año de 1653 un Padre, que es Superior en las misiones de Sinaloa, del aprovechamiento que se ve en indios y pueblos de algunos años atrás (aunque no muchos), convertidos á nuestra santa fe, y hablando de este aprovechamiento en cristiandad, lo significa con las palabras siguientes: «Sucédeles á estos indios, lo que al ciego que nunca vió, que si de repente le abriesen los ojos, le causaría admiración y pasmo ver las cosas que á los de buena vista por comunes no les causa novedad. Así esta gente, que estaba en la noche de su infidelidad, ya con la predicación y la mayor luz que cada día van teniendo del santo Evangelio, se les abren los ojos del alma y se admiran de lo que fueron, causándoles gozo el bien que ya poseen; y se alienan á procurar los bienes eternos del Cielo, y se avergüenzan de acordarse de lo que fueron; de aquí proceden las muchas confesiones que con grande satisfacción se hacen, la devoción en acudir á la doctrina, oír Misa y sermón, la devoción que tienen con el santo rosario y trayéndole al cuello; y demás de eso, una señalada devoción con los santos, y en particular con nuestro Padre San Ignacio y San Francisco Javier; la cual ha crecido con los favores que estos gloriosos santos han hecho á estos pobrecitos desvalidos, de los cuales referiré aquí algunos.

«En un pueblo, estando una india en reventadero de parto, muerta la criatura, y ella ya sin fuerzas para poder echar el cadáver corrupto, y sin esperanza de vida, estando tendida y sin remedio, acordó el Padre de ponerle una reliquia que consigo traía, de San Ignacio nuestro Padre, y haciendo saber á la moribunda el patrocinio del Santo en semejantes conflictos, le dijo se encomendase de todo corazón á él. Hizolo así la enferma, y poniéndole al cuello la reliquia el Padre se salió fuera á la ramadilla de la casa, esperando el suceso, con viva fe de que antes de partir había de salir de riesgo aquella pobre mujer. El

caso que sucedió fué raro: pues estando acostada y sin auxilio alguno, echó una criatura muerta de cuatro días, con tan mal olor, que se difundía hasta fuera de la casilla; el Padre dió infinitas gracias á Nuestro Señor y al Santo, y los circunstantes se confirmaron más en la devoción de nuestro Santo Padre Ignacio.

«Y porque parece que andan juntos los que estuvieron en la tierra, tan unidos en caridad, también nuestro Padre San Francisco Javier ha querido mostrar el afecto que allá en el Cielo tiene á nuestros apostólicos ministerios entre estas gentes. Porque en una peste de viruelas que corría en la Provincia, en un partido de ella escogieron por Patrón al mismo glorioso Apóstol, y en cuatro pueblos le celebraron en cada uno Misa cantada, y cuando en toda la Provincia era lástima ver los que morían, en aquellos cuatro pueblos, aunque enfermaron muchos, no murieron más de cuatro personas, una en cada pueblo, y poniéndoles el nombre de Javier en el bautismo á algunas criaturas, que parecía imposible el vivir, el Santo las había reservado y conservádoles la vida, con que crece la devoción y afecto á estos gloriosos Santos.» Hasta aquí la carta del Superior de las misiones de Sinaloa.

Aunque puedo yo añadir, como quien estuvo algunos años en esas misiones y Provincia, que el ver una mudanza como ésta en una tierra y gente, en la cual los que la conocimos en su gentilidad, no veíamos en ella sino embriagueces, muertes de unas naciones con otras, casamientos ó amancebamientos con muchas mujeres, y finalmente, tinieblas de gentilidad, ignorancia total de otra vida, y de gloria y de infierno, y verla ahora tan aplicada á los ejercicios santos de cristiandad, no se puede dudar de que es materia de alegría, no sólo á los Padres que andan en estas misiones, sino á los ángeles del Cielo.

Y á lo que habemos dicho acerca de lo espiritual y divino, podemos también añadir lo que pasa en lo político, de vivir con mucho concierto y gobierno en sus pueblos; y los que vivían como fieras entre breñas y montes, viven ya con gobierno humano, político y cristiano. Esta es obra del Altísimo, á quien se da la gloria de tan maravillosa mudanza.

Y pues habemos dicho de los frutos de estas naciones, no debemos dejar en silencio los grandes ejemplos de virtud de algunos Ministros evangélicos que, habiendo trabajado en el cultivo de esta viña del Señor, de Sinaloa, los llamó Su Majestad en este tiempo á premiar los grandes y santos trabajos que en su labor pusieron.

CAPITULO V.

VIDA Y FERVOROSÍSIMAS VIRTUDES DEL MISIONERO EVANGÉLICO
P. MARTÍN DE AZPILCUETA,
QUE TRABAJÓ MUCHOS AÑOS EN LAS MISIONES DE SINALOA.

Para referir la vida de este evangélico misionero, escribiré aquí dos relaciones de sus insignes virtudes, que vinieron á mis manos de personas de todo crédito: la una, de un hermano suyo, que en los tiernos

años de su juventud, y antes que entrara en la Compañía, lo tuvo á su cargo; la otra, de un Padre de nuestra Compañía, que lo tuvo algunos años por compañero en las misiones de Sinaloa y le comunicó muy familiarmente. La primera relación habla de las virtudes con que el mancebito Martín dió muestras harto considerables de la perfección de vida á que Nuestro Señor lo había de subir en sus maduros años. La segunda habla de las virtudes apostólicas que ejercitó y en que resplandeció en el ministerio de misionero evangélico, doctrinando y bautizando no poco número de gentiles y muchos cristianos en la Provincia de Sinaloa; y trasladaremos aquí estas dos relaciones en la forma que fueron escritas, sin mudarlas, por la seguridad que de su verdad tenemos; y dice así la de su hermano:

«El P. Martín de Azpilcueta fué natural del Reino de Navarra, de una villa noble y antigua que está tres leguas de la ciudad de Pamplona, que se llama Monrael; su padre se llamó Rodrigo Larrangoz de Azpilcueta, y nació en el lugar de Unsue, junto á Barasoayn, patria del doctísimo Dr. Martín de Azpilcueta, navarro; su madre se llamó Maria Juana de Urtubia; ambos fueron nobles, virtuosos y bien emparentados, y así por lo Azpileueta como por lo Urtubia, tuvieron parentesco con el santo Francisco Javier; gozaron de una medianía en cuanto á bienes temporales. De los hijos varones fué el segundo el dichoso P. Martín: nació el año de 1594, por el mes de Septiembre, muy cerca del día de la Natividad de Nuestra Señora. Desde muy niño mostró muy buenas inclinaciones, fué compuesto y obediente á sus padres; no tenía siete años cumplidos, cuando decia la Misa en seco, y subiéndose encima de un escaño hacia ademanas como quien predicaba, con que entretenía á sus padres, hermanos, parientes y amigos. Tenía aplicación particular á las cosas de la Iglesia; siendo de once años estudió Gramática en la Compañía de Jesús, de la ciudad de Pamplona, hasta entrar en la clase de mayores.

«Sirvió en la dicha ciudad de Pamplona un poco de tiempo á un caballero muy calificado de ella, que aunque era casado tenía sus divertimientos extraordinarios, y su mujer le celaba apretadísimamente; y una noche salió este caballero de su casa, entre las ocho y las nueve, y llevó consigo al dicho Martín hasta cierto paraje, de donde le dijo se volviese á casa, el cual se quedó en el mismo puesto, en un portal, hasta que el caballero volvió á su casa á más de la una de la noche por el mismo sitio; y reconociendo á su amo, se le puso al lado, el cual se asombró de verle, y diciéndole: muchacho, ¿por qué no te fuiste á casa? le respondió: más quise estar aquí al frío y al sereno, que no que mi señora me estuviese preguntando dónde entra y de dónde sale tu señorío; lo cual ponderaba mucho el caballero después, y su suegro, que era uno del Consejo de aquel Reino, que un niño de 12 años hiciese aquel reparo.

«Sería de edad de 16 años cuando salió de Pamplona y se vino á la Corte en busca de un hermano suyo mayor, que estaba en casa de un Secretario del Rey, gran Ministro; y cuando llegó á Madrid halló que su hermano estaba en Valladolid, que había ido á cierto negocio, donde le dió una enfermedad de tercianas dobles, que le duraron seis meses; y como le faltó el abrigo que esperaba tener en su hermano, se acomodó con Juan de Unza, uno de los Secretarios que tenía cerca de su persona el Duque de Lerma, y como el muchacho era bonito y

razonable escribano, le vistió su amo de un vestido de seda, con calza entera como entonces se usaba, y cuando vino su hermano de Valladolid le halló á Martín muy metido en palacio y con pocas ganas ó ningunas de pasar adelante con los estudios. Sabiendo esto el P. Martín Escudero, de la Compañía, que era Religioso de muchas partes y natural de Navarra, lo redujo con mucha suavidad, y su hermano le vistió de estudiante y le tuvo en su compañía cerca de cuatro años, dándole todo lo que había menester; en este tiempo dió en tener oración de recogimiento y hacer actos de humildad y mortificación, con edificación de muchos y en particular de los Religiosos de la Compañía, que lo notaban, diciendo que los maestros de las clases afirmaban que hacía tales actos de humildad, que excedían á los que podían hacer los novicios en el tiempo de su probación. Un día de los tres de Carnestolendas asistió toda la mañana delante del Santísimo Sacramento; y como los oficios en tales días se acaban tarde, vino á comer después de la una; y su hermano, riñéndole con cólera, como le diése una bofetada, él, con mucha modestia y humildad, muy encendido el rostro de vergüenza, le dijo: «Señor, ¿en qué le ofendí á vd. para que así me tratase?» y como un cordero bajó las escaleras abajo y se volvió á la Compañía, sin comer, y se estuvo delante del Santísimo Sacramento hasta que le encerraron, con harta edificación de su hermano y dolor de haberle dado la bofetada.

«Después de haber acabado de estudiar la Gramática y Retórica, le envió su hermano á Alcalá de Henares, donde oyó dos cursos de Artes, y al principio del tercero se entró en la Compañía de Jesús y le trajeron á tener el noviciado á Madrid, y á los diez meses de su noviciado le llevó el P. Nicolás de Arnaya á las Indias para la misión de Sinaloa, sin que hubiese habido en el dicho Martín la más mínima repugnancia, sino que diciéndole si quería ir á las Indias decir que sí y ponerse á caballo, todo fué uno, como lo afirmó muchas veces el dicho P. Nicolás de Arnaya.» (Hasta aquí la relación de su hermano, que por última cláusula añadió): «Lo que hizo y padeció después en obra de veinte años en aquella misión hasta que murió, que habrá ocho ó nueve años, los Padres de la Compañía lo sabrán mejor que yo; sólo me resta por decir que cosa de dos años antes que muriese me escribió la última carta, y en ella me decía que le parecía que había de vivir poco, como ello sucedió, alentándome mucho al padecer, exhortándome á que no recibiese pena de no salir con aquellas cosas ó pretensiones que en un momento se habían de acabar, que procurase la vida eterna y con perfección siguiese la virtud y la santidad, porque ella no impedía la riqueza; pero que la riqueza podía impedir la santidad. Esto es lo que se me ofrece que decir á vuestra paternidad, á quien Dios guarde, etc.—*Juan de Azpilcueta.*»

Bien dirá con los principios de la vida de este apostólico varón, la relación que ahora se seguirá del muy religioso Padre y evangélico misionero Lorenzo de Cárdenas, que en las misiones de Sinaloa se ha empleado con grande fruto en doctrinar por muchos años aquellas naciones y tuvo por compañero al P. de Azpilcueta, y á quien trató con muy íntima y espiritual comunicación, razones por las cuales me pareció poner aquí la relación que de las virtudes de este santo varón escribió y en la forma que él la escribió, que por ser digna de todo crédito la pondremos aquí.

CAPITULO VI.

RELACIÓN DEL P. LORENZO DE CÁRDENAS;
DE ALGUNOS PUNTOS DE EDIFICACIÓN NOTADOS
EN LA RELIGIOSA VIDA
DEL P. MARTÍN DE AZPILCUETA; DE SU AMOR PARA CON DIOS.

«Comenzando por el principio y fin de toda la perfección, que es el amor de Dios, digo que por espacio de estos cuatro años que comuniqué al P. Martín, advertí en él un estudio continuo por alcanzar esta virtud con toda la mayor perfección que le era posible; no solamente con sus pensamientos y deseos significados por sus palabras, sino también y mucho más con sus obras, procurándolas hacer puramente por amor de Dios, y mientras más difíciles daba mayores muestras de este amor; y así, solía prorrumper diciendo: «dichosas obras que tan abonado testigo tienen; Vos lo sois, Señor y Dios mío, de que el único fin de ellas sois Vos, etc.»

«De este amor de Dios brotaban los ansiosos deseos que tenía de su muerte; y así, por espacio de estos cuatro años, le oí decir muchas veces que deseaba sumamente morir, solamente por evitar ofensas de Nuestro Señor, por mínimas que fuesen. Era señal del divino amor que deseaba lo que le oí decir algunas veces, diciendo que en tanto le agradaba algún libro en cuanto trataba del amor de Dios, por lo cual, cogiendo alguno entre manos, lo primero que hacía era leer el índice, buscando los puntos en que se trataba del divino amor; y así, en prueba de esto, jamás dejaba de las manos el librito de Oro que últimamente nos vino, del P. Juan Eusebio, del amor de Jesús; del cual librito decía que el propio título que se le había de haber dado era Brasero del Amor de Jesús, pues no tiene palabra que no sea una brasa encendida de amor divino. Estando una vez los dos sentados á la orilla de un arroyo, me dió el dichoso librito del Amor de Jesús para que leyese en voz alta (porque á él le impedía esto los continuos dolores de cabeza que padecía) el primer capítulo que saliese, y abriendo yo el librito acertó á ser el capítulo veinticinco, en que se pide á Jesús su amor, cuya leyenda le inflamó tanto, que parece le quería reventar el pecho; y así, levantándose de donde estaba, me cogió el libro de las manos diciendo (al modo de San Francisco Javier): *Satis est, Pater mihi, satis est.* Y dejándome allí se entró solo por la alameda adentro, donde no pudiéndole sufrir el corazón (sin reparar en sus dolores de cabeza) prosiguió leyendo el mismo capítulo tan voz en cuello y con tanto afecto, que con estar yo distante á la orilla del agua (más helado que ella), me encendía oyéndole distante.

«Para fomentar este amor divino, era muy leído en la exposición del P. Cornelio sobre las epístolas de San Pablo; y tenía tan de memoria todos los puntos en que el santo Apóstol trata del amor de Jesucristo Nuestro Redentor, que todas sus pláticas y conversaciones sustentaba con las ampliaciones tan de fuego con que el buen P. Cornelio expone los puntos del amor de Jesucristo, enfervorizándose tan-